

LA ANCIANA SEÑORITA MACBETH

FRITZ LEIBER

La pálida esfera de luz de la lámpara eléctrica —sobre el cajón anaranjado— mostraba sólo la cama, la pared desnuda detrás, el piso de cemento debajo y una jaula enfundada del otro lado. Sobre el cajón se amontonaban pilas eléctricas gastadas y cajas vacías. Al lado de la lámpara y dentro de una caja había tres pilas nuevas.

La anciana se volvía y se agitaba en sueños bajo las mantas. Tenía una cara triste, y fruncía la boca en una línea delgada que se doblaba hacia abajo en las comisuras: una trágica máscara diminuta. A veces, sin despertarse, sacaba las manos de debajo de las mantas y se tapaba los oídos como si la molestara algún ruido. Al fin, y como si no pudiera aguantar más, se incorporó lentamente. Abrió los ojos (pero no se había despertado) y miró fijamente sin ver. Se sentó en la cama y se calzó unas zapatillas de paño con un agujero en los dedos del pie izquierdo; tomó una bata de lana de los pies de la cama y se la echó sobre los hombros. Sin mirar, sentada aún, tomó la lámpara eléctrica. Luego se puso de pie y fue hasta una puerta con la lámpara en la mano, y la luz la siguió por el cielo raso con un círculo. La cara de la mujer era siempre una pequeña máscara trágica, de líneas precisas, y de ojos abiertos y dormidos.

Llegó a la puerta, salió, y pisó apenas un escalón de hierro que resonó profundamente, como si arriba hubiera otros muchos escalones. Cruzó otra puerta, pesada, quejosa, como la puerta de un escenario, la cerró, y esperó.

Si usted hubiese estado allí hubiera podido verla, con la lámpara en la mano, y hubiera podido ver el semicírculo en la pared de ladrillos, y la pared de hierro detrás de ella, y otro semicírculo de acera a sus pies, y nada más, ni calle ni acera de enfrente, nada... La débil luz no llegaba más allá. Luego, al cabo de un rato usted hubiese visto allá arriba una cinta de débiles estrellas, una cinta estrecha, demasiado estrecha para mostrar alguna constelación, como si las casas invisibles fuesen allí muy altas. Y si usted hubiera alzado los ojos una segunda vez se hubiese preguntado si unas pocas estrellas no se habían movido o no habían cambiado de color, o si no habría más estrellas, o menos, y usted se hubiera quedado preocupado.

La anciana dama no esperó allí mucho tiempo. De pronto echó a caminar calle abajo, dentro del globo de luz de la lámpara, no apartándose nunca del borde de la acera (de modo que la pared de este lado de la calle estaba siempre en sombras), arrastrando suavemente las zapatillas de paño. No parecía haber ningún otro ruido en la ciudad. Pero dos manzanas más arriba empezó a oírse un leve zumbido colérico. Y en la próxima bocacalle los contornos de la esquina resplandecieron con una luz roja muy débil, del color de un anuncio de neón.

La anciana dama dobló la esquina y entró en una calle por la que se arrastraban unos gusanos luminosos, cuarenta o cincuenta, gruesos como el pulgar y largos como un brazo, aunque algunos eran cortos. No brillaban tanto como para iluminar la calle y eran de todos los colores, pero el rojo neón era el más común. Se movían como orugas; un poco más rápidamente. Parecían viejos tubos de neón que se habían transformado en cosas vivas y habían bajado de los anuncios, aunque ennegrecidos y debilitados por edades de eones. Se arrastraban en curvas sinuosas por las aceras y la calle, y unos pocos por las

salientes de las paredes, y uno o dos por unos cables que cruzaban sobre la calle. Y zumbaban al moverse, y los cables cantaban.

Parecía que hubiesen advertido la presencia de la anciana, pues dos o tres gusanos se acercaron a ella y dieron vueltas a su alrededor, pero manteniéndose alejados del pálido globo de luz. Cuando la mujer dobló en la esquina, uno de color violeta la siguió un trecho, alzando la cabeza, zumbando y crujiendo, como un tubo de neón defectuoso.

La calle era negra otra vez, con su cinta de estrellas apenas visibles. Pero aunque la anciana caminaba siempre cerca de la calle, la acera era más estrecha y la lámpara eléctrica mostraba escaparates rotos, con bordes dentados, y algunos grandes trozos de vidrio que los marcos sostenían aún. Los ojos de la anciana, vueltos hacia algún sueño, no miraban a los lados, pero si usted hubiera estado allí hubiese vislumbrado unos maniqués detrás de los vidrios rotos, hombres vestidos con chaquetas largas y holgadas, y sombreros de alas anchas, y mujeres con faldas ceñidas y blusas iridiscentes, y aunque los maniqués estaban muy tiesos, usted se hubiera preguntado si los ojos no seguían a la mujer, y cuando el globo de luz se alejó, usted no hubiese podido saber si los maniqués no habían salido de los escaparates pisando cuidadosamente entre los vidrios afilados, detrás de la anciana.

En la manzana siguiente una luz fantasmal giraba en torbellino a lo largo de una saliente alta. Era como si algo se moviese por las diez mil lámparas de la vieja marquesina de un teatro, animando brevemente los viejos y secos filamentos en un resplandor desordenado, inquieto. Del otro lado de la calle, pero más arriba, se veían, apenas, unos anuncios rectangulares de lóbregos colores que se oscurecían y brillaban irregularmente, como si los vuelos de unos murciélagos gigantescos ocultaran casi completamente unos tableros luminosos. En un piso alto, junto a las indecisas estrellas, una pequeña ventana derramaba una luz amarilla.

En la mitad de la próxima manzana, la anciana dejó el borde de la acera y se volvió hacia una verja de hierro. Se apoyó contra la puerta de la verja, emitió un breve y quejoso gemido, y la puerta se abrió rascando la grava.

La mujer cerró la puerta detrás de ella y se adelantó aplastando hojas muertas, frunciendo la nariz ante el olor de las malezas y el polvo. Arriba un cuadrado de estrellas asomaba en la pálida cinta. La mujer subió unos escalones, cruzó un porche, y abrió una crujiente puerta de seis paneles.

Los pasillos de la casa estaban vacíos, la escalera no tenía alfombra y los adornos en las maderas eran muy vulgares. Cuando la mujer llegó al tercer piso con el débil globo de luz, sonó un crujido débil abajo, y luego un chirrido. La mujer tiró de una cuerda balanceándose y una escalera bajó del techo y golpeó el piso.

La mujer subió entonces por la escalera, deteniéndose, respirando un poco pesadamente, hasta llegar a una buhardilla baja. La lámpara mostró cajas y baúles y pilas de telas dobladas, un maniquí de costillas metálicas, y la corneta de un viejo fonógrafo.

Entonces, de pronto, se oyó un sonido: *plinc*, cuatro segundos, seis, siete, *plinc*, siete segundos más, *plinc* otra vez, *plinc*, *plinc*.

La expresión de tormento de la mujer se hizo más honda. Se abrió paso entre las pilas de telas hasta una pileta adosada a la pared. Mientras se acercaba, una gota se formó en el borde de un grifo enmohecido, y cuando llegó a la pileta cayó, *plinc*, y un rápido espasmo cruzó la cara de la mujer. Dejó la lámpara en el borde de la pileta, y tomó la llave del grifo con las dos manos. Hubo otro *plinc*, pero ninguno más. Pasó un dedo por el borde del grifo y lo retiró apenas húmedo. Esperó un rato, y no cayeron más gotas.

Entonces la cara se le ablandó en una máscara desapasionada, de boca recta y delgada, y recogiendo la linterna salió del cuarto. En la escalera y afuera en la acera y en la calle no estaba sola esta vez. Unas presencias se agrupaban a su alrededor, irritadas y amenazadoras, al borde del resplandor de la linterna, y las hojas crujían bajo unos pies que no eran los suyos. La luz de la elevada ventana junto a las estrellas latía con un verde color de veneno, y las formas aladas iban y venían bajo la gastada luminiscencia de los tableros, y las luces de la marquesina se encendían sólo en las lámparas bajas. Los destrozados escaparates de los vestidos brillantes y los trajes holgados estaban todos vacíos.

En la calle de los gusanos de neón las formas reptantes se acercaron rápidamente a la anciana, zumbando intensamente, inamistosamente, crepitando como ruidosas abejas, apretándose a sus pies en cintas de ardientes arco iris, y siguiéndola media cuadra.

Pero ni estas criaturas ni la ya débil luz de la lámpara perturbaron un instante la tranquila seguridad de la mujer.

Subió por las escaleras de hierro, cruzó el cuarto sin límites, se sentó en la cama y puso la lámpara sobre el cajón anaranjado. Una de las pilas rodó y cayó al suelo con ruido seco. La anciana se sobresaltó, torció la cabeza, y parpadeó rápidamente. Los ojos despertaron al fin.

La anciana se quedó sentada sin moverse durante un rato, recordando. Suspiró y sonrió un poco. Luego se enderezó y frunció las finas cejas plateadas en un gesto de determinación. Encontró una lapicera estilográfica y unas hojas de papel de seda entre las pilas. Puso un pedazo de papel de carbón bajo la hoja superior y escribió rápidamente. Arrancó la hoja, la dobló, y la metió en un canuto de aluminio no más grande que una delgada vela de cera.

Se incorporó y caminó alrededor de la cama. Desenfundó la jaula, abrió la pequeña puerta, y sacó una paloma negra. Murmurándole afectuosamente, le ató el cilindro a una pata, luego le besó el pico y soltó el pájaro en la oscuridad. Se oyó un aleteo, cada vez más débil, que se interrumpió de pronto como si el pájaro hubiese volado a través de una ventana.

El pálido globo de luz era mucho más pequeño, pero bastaba para mostrar la cara de la mujer mientras se metía en cama y acomodaba las mantas. Tenía los ojos cerrados ahora. Suspiró una vez más y las comisuras de los labios se le doblaron en una leve sonrisa. Al fin se durmió —las mantas le subían y bajaban casi imperceptiblemente sobre el pecho— con la misma sonrisa.

La luz bastaba también para mostrar la copia de la nota:

Querida Evangelina:

Me ha alegrado recibir tu nota y saber que tú también tienes una ciudad propia y por supuesto tus propias cosas. ¿Cómo está Louisville desde la Destrucción? Tranquila, espero. Pittsburgh es tan ruidosa. He pensado en mudarme a Cincinnati. ¿Sabes si tiene ya inquilino?

Sinceramente tuya,

Señorita Macbeth.

FIN

Libros Tauro